

LAS ESPUELAS Y LA CABALLERÍA EN LA NECRÓPOLIS DE VILLANUEVA DE TEBA (LA BUREBA, BURGOS).

IGNACIO RUIZ VÉLEZ

Académico Numerario Institución "Fernán González"

RESUMEN: *En la necrópolis de Villanueva de Teba (Burgos), data-
da en la Segunda Edad del Hierro, se han encontrado dos espuelas:
una en prospección y otra en la tumba 11. El 40% de las tumbas tie-
nen arreos de caballo. Esto demuestra la importancia de la caballe-
ría en este yacimiento.*

PALABRAS CLAVE: Edad del Hierro. Tumbas. Espuelas. Caballería

ABSTRACT: *In the necropolis of Villanueva de Teba (Burgos) within
the province of Burgos, dating back to the Second Iron Age, two
spurs have been found, one of which is of prospection and the other
tomb 11. As many as 40% of tombs, have horses trappings which re-
veals the important of cavalry in this findings.*

KEY WORDS: Second Iron Age. Tombs. Spur. Cavalry.

LA NECRÓPOLIS DE VILLANUEVA DE TEBA (LA BUREBA, BURGOS).

La localidad de Villanueva de Teba se encuentra al norte de la comarca de La Bureba, en la falda de los Montes Obarenes, y muy cerca del desfiladero de Pancorbo.

La necrópolis de *La Cascajera* se excavó a comienzos de los 80 del siglo pasado sacando a la luz 35 tumbas con un rico y variado ajuar. Los trabajos de excavación fueron dirigidos por los Drs. José Antonio Abásolo Álvarez y Juan Carlos Elorza Guinea. El contexto de la necrópolis es muy peculiar ofreciendo un carácter único respecto a sus coetáneas tanto del ámbito celtibérico, en sentido amplio, o del resto del alto valle del Ebro (La Hoya, Carasta). Si bien hay un fondo que es común a todas las necrópolis de los ámbitos citados porque las formas del rito son similares, si no idénticas, la tipología de los objetos integrantes del ajuar son peculiares y con pocos paralelismos con sus congéneres. Esta individualidad tipológica es la que impide precisar aspectos concretos en su cronología.

Las tumbas consisten en un simple hoyo de boca circular de un diámetro de 50-60 cm y una profundidad de 60-70 cm. Carecen de urna pero se acompaña de un vaso funerario hecho a mano, de tendencia globular y tamaño pequeño con la pasta poco cuidada. Al lado se ubican las cenizas y los huesos que en algún enterramiento ocupan, curiosamente, lugares distintos. Las cantidades de cenizas y huesos son pequeñas, quizás porque son el resultado de una selección de los mismos. Sobre estos elementos se colocan, siempre tumbados, los otros objetos integrantes del ajuar, constituido por diversos tipos de placas (Bureba, rectangulares ibéricas, grandes placas), fíbulas (anulares hispánicas de puente ancho abombado y uniforme, de cazoleta, de apéndice de botón, de la Tène), puñales (de tipología específica), umbos de escudo, arreos de caballo, cuchillos, puntas de lanza, etc. No ha aparecido ninguna espada, lo cual no tiene que resultar sorprendente porque en la necrópolis de estas tierras no se ha encontrado ninguna, o al menos, que se sepa. Por otro lado, puede ser un indicador de cronología avanzada. La tumba se sellaba con una banda periférica de cantos rodados rodeando la boca, que en algunos casos, llega a cubrir toda la boca e incluso parte del perfil de la tumba.

Dos hechos destacan de esta necrópolis desde el punto de vista formal. Por un lado, casi todas las tumbas presentan algún elemento del ajuar, cuando es frecuente que muchas de ellas no den ningún material en otros ámbitos geográficos y culturales. Por otro, este ajuar es muy peculiar, sin parangón con las necrópolis sincrónicas del valle del Ebro y de toda la Meseta. Muchos de sus objetos responden a tipologías nuevas que no encajan en el marco conocido.

Esto resulta más sorprendente cuando no encontramos elementos de cultura celtibérica, salvo la fíbula de caballito procedente de prospección. No han aparecido formas torneadas cuando sabemos que la celtiberización de La Bureba fue muy intensa.

Si destacan los puñales porque están presentes en las tres cuartas partes de las tumbas, no es menos sorprendente el hecho de que los arreos de caballo (bocado, muserola, agarradores) aparecen en el 40% de las tumbas. Hay bocados de camas circulares, de camas rectas, lobulados con desveno en algún caso, agarradores de diversa naturaleza y muserolas con una placa de bronce interior decorada. La presencia de arreos de caballo en estos enterramientos dota a esta necrópolis (o sector de la necrópolis) de un carácter específico en la que el binomio persona-caballo alcanza un nivel de asociación poco conocido en el mundo prerromano de la Península.

Con estos datos es muy difícil dar una cronología precisa pero hay ciertos elementos que, al menos, nos pueden ubicar esta necrópolis en una cronología avanzada de la Segunda Edad del Hierro. Por un lado, parece claro que en el yacimiento asistimos a un proceso de sustitución de las placas tipo Bureba por las rectangulares ibéricas. Aquella sólo está presente en la tumba 22 (además de otra de prospección), asociada al único puñal tipo Monte Bernorio procedente de excavación. Esta tumba sería la más antigua en un contexto cronológico del siglo III, avanzado incluso. Por otro, la concepción de los puñales, el dominio absoluto de las placas ibéricas, la fíbula de La Tène, las fíbulas anulares hispánicas y los resortes de algunas fíbulas de cazoleta y de apéndice de botón, las fíbulas o broches de omega y las similitudes con contextos tardíos de otras necrópolis, nos permiten determinar que nos encontramos ante fechas avanzadas dentro de los siglos II e incluso I a.C.

Por analogía con otras necrópolis, no sólo del área celtibérica de la Meseta Oriental, sino de los vacceos o de los vetones, sabemos que la de Villanueva de Teba no está muy alejada del poblado; nunca más de 2 km aunque habitualmente es a menos de 1,5 km. En todos los casos se demuestra una relación visual entre aquella y el poblado indicando la importancia de la "ciudad de los muertos" en aquella época. Al noroeste de la necrópolis se encuentra un altozano denominado *La Atalaya*, situado a 1.200 m de distancia en el

cual se han encontrado abundantes restos que se corresponden con contextos arqueológicos de Cogotas I, de la Primera Edad del Hierro y de época medieval. Algunas cerámicas celtibéricas parecen confirmar la sincronía con la necrópolis. En el cerro próximo, en el término conocido como *La Llana*, se encontraron abundantes restos de época romana perteneciendo a un asentamiento de tipo villa o quizás la mansión *Vindeleia* (1).

Aunque ha sido el tema de nuestra tesis doctoral (2) y la memoria de las excavaciones están en prensa a cargo de la Junta de Castilla y León, ya avanzamos algunos aspectos de ella referidos tanto a una visión general del yacimiento (3) como al estudio preliminar de algunas de las piezas más representativas; así se han abordado trabajos específicos sobre los puñales (4) y las placas rectangulares ibéricas (5).

LAS DOS ESPUELAS.

La espuela de prospección.

Es una espuela de bronce formada por una espiga de desarrollo casi semicircular porque los extremos tienden hacia la línea recta. Mide de extremo a extremo 6'3 cm. y el arco tiene un radio de 3 cm. Dicha espiga está formada por una lámina que desarrolla un losange en el sector del apéndice. Longitudinalmente presenta un

(1) Houston G.W., 1974, "The New Milestones from Padilla de Abajo, in the province of Burgos", *Durius* 4, 423-424; Abásolo J.A., 1985, "La época romana", en A. Montenegro (dir.), *Historia de Burgos. I La Edad Antigua*, Burgos, 318; Campillo Cueva J., 1999, "La romanización y la transición al medioevo en la comarca mirandesa", *Estudios Mirandeses XIX*, Miranda de Ebro, 20-25.

(2) Ruiz Vélez I., 2002, "Ritual funerario y cultura material durante la Edad del Hierro en la Bureba. La necrópolis de La Cascajera en Villanueva de Teba (Burgos)", tesis doctoral, Universidad de Burgos.

(3) Ruiz Vélez I., 2001, *El ritual funerario en las necrópolis burgalesas de la Edad del Hierro*, Institución Fernán González, Burgos, 85-104.

(4) Ruiz Vélez I., Elorza Guinea J.C., 1997, "Los puñales de la necrópolis protohistórica de Villanueva de Teba (La Bureba, Burgos)", *BIFG* 215, Burgos, 273-303; Ruiz Vélez I., 2005, "La panoplia guerrera de la necrópolis de Villanueva de Teba (Burgos)", *Gladius XXV*, Madrid, 5-82.

(5) Ruiz Vélez I., Elorza J.C., Abásolo J.A., 1999, "La necrópolis protohistórica de Villanueva de Teba (Burgos): las placas de tipo andaluz", *Sautuola VI, Estudios en homenaje al profesor Dr. García Guinea*, Santander, 297-307.

resalte en cuyo centro es donde se ubica el ápice, aguilón o apéndice de la espuela que es muy diminuto, de forma piramidal y 5 mm de altura. En los extremos lleva dos perforaciones para encajar el elemento articulado de la espuela. De ambos extremos arranca una estructura articulada concretada por pequeños elementos cuadrados con extremos en forma de charnela de bisagra que sirven para enlazar todas las piezas. Dispone de dos elementos a cada lado. En el centro enlazan con una anilla que sirve también para conectar las tiras de cuero que irían al empuñadura para ensamblar. Ese ensamblaje se hacía con otro remate de bronce de arandela fija.

Los distintos elementos de esta pieza han sido hechos a molde con retoques mecánicos finales.

La tumba 11.

Esta tumba estaba situada al sur de la cuadrícula H-1, a 9'30 m. de la tumba 1 y a 3'65 m. al oeste de la tumba 12. Estaba formada por un hoyo de boca circular de 0'60 m. de diámetro y una profundidad de 30 cm. No tenía vaso funerario y en el centro estaba el ajuar amontonado en aparente desorden. Tampoco aparecieron huesos. Junto al puñal se encontró un trozo de madera calcinada.

Puñal

1.- Ejemplar completo de un puñal tipo Villanueva de Teba (6), prototipo de esta necrópolis. Es de estructura muy compleja por la cantidad de piezas que lleva, sobre todo en la empuñadura. Mide 35'2 cm. de largo.

La empuñadura es de estructura complicada pues está formada por 23 piezas, sin contar los pernos de los botones. Va montada sobre la espiga de hierro de la hoja. Mide 12'3 cm. de largo. El pomo está formado por tres cilindros huecos, de bronce, constituidos por una lámina fina de bronce. El central es de diámetro mayor. Los laterales están decorados en los extremos con líneas incisas paralelas y cierran por la base con sendas chapas circulares de bronce

(6) Ruiz Vélez I, Elorza Guinea J.C., 1997, "Los puñales de la necrópolis protohistórica de Villanueva de Teba (Burgos)", *BIFG* 215, Burgos, 271-303; Ruiz Vélez I, 2005, "La panoplia guerrera de la necrópolis de Villanueva de Teba (Burgos)", *Gladius* XXV, Madrid, 5-82.

que van unidas a los botones superiores por un perno de hierro. El central, sobre la espiga y con 2'8 cm. de alto, presenta cuatro molduras, dos en cada extremo, y dos botones aplicados en el centro que se corresponden con otros dos por la otra cara. Parecen simular una cara humana. Por la parte superior los tres cilindros se cierran con una laminita de tres círculos que se sujeta con los tres botones de cabeza circular y cuerpo troncocónico. El centro va empotrado en la espiga a modo de virola. El puño o empuñadura propiamente dicha está formada, por el exterior, por siete laminillas de bronce decoradas con una banda de zig-zag a base de triángulos rellenos de botoncitos. Estas laminillas iban montadas sobre la espiga y el soporte de madera u otro material orgánico desaparecido. Aquellas se sujetaban en los extremos por sendas anillas de bronce de 1'8 cm. de diámetro decoradas con una banda de círculos con punto central. El puño tiene un diámetro de 1'5 cm. La guarda es de forma rectangular, de 5'7 cm. de largo. Está constituida por un alma de hierro, de forma oblongada, unida a presión al arranque de la hoja y la espiga. Se remata por el anverso y el reverso con sendas laminillas de bronce idénticas, decoradas con cuatro líneas incisas en el centro; le siguen a ambos lados sendos acanalados y cuatro líneas incisas más. Se sujetan al alma por los extremos a través de un botón de bronce de cabeza circular con arandela convexa.

La hoja está embutida en la vaina. Su longitud está en torno a los 19'5 cm. y es la típica hoja buida con nervadura central y estrías longitudinales que recogen el estrangulamiento de la hoja.

La vaina mide 22'9 cm. de largo, 5'7 en la horquilla y 4'8 en el centro. En el tercio superior presenta ligero estrangulamiento. Está formada por los tres elementos estructurales básicos: las guías laterales de hierro en forma de uve, en hierro, que constituyen el alma de la vaina rematando en la contera en forma de cazoleta cerrada por el reverso y abierta por el anverso, de 3'2 cm. de diámetro; por el reverso, la vaina se cubre con lámina de hierro de perfil ligeramente curvado; por el anverso, va una placa de bronce, también ligeramente curvada. Ésta está formada por cinco sectores diferenciados por la forma y por la decoración: primer sector transversal junto a la embocadura, primer sector longitudinal, segundo sector transversal, segundo sector longitudinal con bordes que convergen hacia la contera; y contera circular. Todos ellos

presentan la misma decoración en los lados largos formada por una banda constituida por los siguientes elementos: tres líneas incisas-acanalado-líneas incisas-acanalado-líneas incisas. La decoración de la contera está formada por un botón central de cabeza redonda de bronce, que se ha perdido y sirve para sujetar la cazoleta a la lámina de bronce, y una hilada periférica de roblones. Entre el botón central y la citada hilada va un tema de círculos concéntricos alrededor del botón central. La sujeción de las placas y la guía se hace a través de cuatro botones situados en cada sector transversal, dos a cada lado. La embocadura es recta, sin alas ni lengüeta.

2.- Trozos de madera, muy pequeños, que pertenecieron a la empuñadura de la vaina.

3.- Fragmentos de placa Hundertsingen de bronce, de 7'7 por 4'4 cm. Corresponde a uno de los extremos de la placa. Conserva la placa auxiliar de bronce de 4'4 por 1'6 cm. decorada con el esquema típico y la hilada de once roblones (los primeros de los extremos para enganchar a la pieza principal). Lleva en el anverso una decoración formada por seis bandas de zig-zag de triángulos rellenos de botoncitos. Estas bandas están separadas por una arista con línea central en la cresta.

4.- Dos placas de tipo Hundertsingen en hierro enganchadas por pasador de hierro rematado en dos arandelas de bronce de 1'1 cm. de diámetro. La pieza más grande, rematada en garfio, que está roto, está muy curvada. Mide 30 por 3'5 cm. En un extremo lleva la placa auxiliar con la típica decoración pero solo presenta dos botones que sirven además para enganchar. Son de cabeza aplanada. Las bandas de zig-zag van sobre lámina de bronce independiente separadas por aristas con cresta sogueada. La segunda pieza es del mismo tipo. Mide 16'5 cm. y sus placas auxiliares son idénticas a la anterior.

5.- Placa auxiliar de bronce de 4'5 por 1'6 cm. con la típica decoración y la hilada de once roblones (los primeros para enganchar). Conserva el pasador de hierro rematado en sendos botones de cabeza redonda y cuerpo troncocónico. Mide en total 5'9 cm. de largo.

6.- Pieza triangular del remate del cinto para enganchar al puñal. Está formada por una placa de hierro rematada en gancho, de

5'6 por 4'6 cm. Por el anverso lleva la lámina de bronce con la misma forma. En su base se reproduce la decoración de las placas auxiliares con hilada de 10 botones (los primeros para enganchar) y el resto está decorado con una cenefa lateral de tres líneas incisas y un botón vermicular en el centro con perno de hierro que sirve para enganchar a la lámina de hierro.

7.- Pieza triangular con placa auxiliar del sistema de enganche. Mide 4'4 cm. de largo por 4'6 de ancho. Está formada por dos placas de hierro rematadas en gancho con pasador rematado a un lado por botón típico y al otro por un botón más grande de cabeza aplanada. Sobre las placas de hierro van la lámina triangular de bronce y la placa auxiliar. La primera reproduce en la base la decoración de la segunda con hilada de diez roblones (los primeros para enganchar). Presenta una perforación longitudinal, casi hasta la base, que implica una reutilización. Por el borde de la lámina de bronce va una cenefa de cuatro líneas incisas y un botón de cabeza redonda a cada lado.

Placa ibérica

8.- Fragmento de placa ibérica de 7'2 por 4 cm. Está totalmente lisa y conserva una laña de recomposición sujeta con dos botones, una de ellos con cabeza redonda y arandela convexa. El otro no se conserva. Aquí hay un tema de círculos concéntricos.

9.- Botón de la base de la placa, de 1'3 cm. de alta y 1'8 de diámetro en la cabeza que es aplanada y con el cuerpo troncocónico.

10.- Laña de recomposición, de 4'7 por 1'9 cm. decorada con dos líneas de eses de un trazo en los lados largos.

11.- Dos fragmentos de lámina de hierro que pudieron ser del refuerzo del reverso de la placa.

Arreos de caballo

12.- Bocado de caballo en hierro, de una sola cata o cañón de 13 cm. de largo, con incurvación central de 4'4 cm. A ambos lados van varillas de 12'5 cm. de largo, en forma de ese muy alargada en cuyo centro hay un ensanchamiento con tres perforaciones. En la central de ambos lados engancha una barra rígida de 10'5 cm. Esta pieza fue el freno propiamente dicho. Remata en agarradores de hierro.

13.- Gran anilla de bronce que corresponde a un *narigón* del que colgaba el ronزال, macizo y de sección circular, de 28'5 cm. de longitud, unos 10 cm de diámetro y 0'6 cm. de diámetro de sección. Está

muy doblado y es totalmente liso. El sistema de enganche consiste en un chaflán en cada extremo encajando perfectamente. Se remata con dos pernos de bronce.

14.- Dos piezas triangulares iguales de hierro con los ángulos redondeados, de sección circular. Miden 5'8 cm. de base y 7 de altura. En la base hay un ensanchamiento con perforación para una argolla. Fueron las camas del freno.

15.- Pieza de bronce, probablemente del arnés del caballo. Mide 6'8 cm. de largo por 5'5 de ancho. Por el reverso lleva una placa lisa de hierro de la misma forma. En la base tiene forma rectangular, decorada en los lados largos con tres líneas incisas. Lleva los dos pernos para enganchar al hierro. Le sigue después un sector circular de 4 cm. de diámetro formado por una cúpula central en la que va el botón de cabeza redonda para enganchar al hierro. Le siguen dos grandes acanalados circulares.

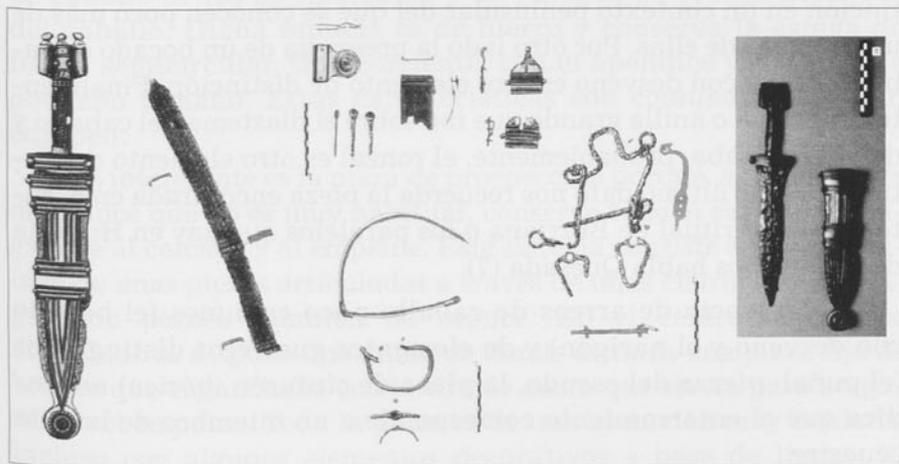


Fig. 1. Ajuar de la tumba 11 de donde procede la segunda espuela

Otras piezas

16.- Dos láminas de hierro de 6'8 por 0'8 cm. de sección ligeramente curva, rematadas en ensanchamiento con un botón de cabeza convexa. Pueden ser varas de refuerzo de un escudo.

17.- Espuela de hierro en forma de arco, de sección circular, con 5'6 cm. de extremo a extremo. En la base va un ensanchamiento de

1'5 cm. de ancho del que arranca un apéndice, el agujón o acicate, de sección romboidal y con 0'8 cm. de largo. Va montada sobre una arandela plana circular.

18.- Conjunto de hierros de pequeño tamaño de formas indefinidas procedentes de las piezas anteriores.

Valoración de la tumba.

El valor arqueológico y las implicaciones sociales que tiene son muy grandes por la naturaleza de algunos objetos del ajuar que escapan a los caracteres comunes de otras tumbas. En primer lugar, el puñal corresponde al prototipo (Tipo IV) de la necrópolis siendo el único que se ha conservado entero por lo que nos ha permitido un conocimiento total de su estructura. Unidas al puñal, porque forman conjunto ensamblado, van las placas de bronce que constituyen el cinturón específico y exclusivo del puñal que es un rasgo común a toda la necrópolis. La espuela sería otro elemento de distinción en un contexto peninsular del que se conocen poco más de un centenar de ellas. Por otro lado la presencia de un bocado de caballo rígido con desveno es otro elemento de distinción. Finalmente el narigón o anilla grande que iba sobre el diastema del caballo y del que colgaba, probablemente, el ronzal es otro elemento de distinción. Este último dato nos recuerda la pieza encontrada en el enterramiento ritual de Burriana o los paralelos que hay en Hungría de los que nos habla Quesada (7).

La presencia de arcos de caballo poco comunes (el bocado con desveno y el narigón) y de elementos guerreros distinguidos (el puñal, piezas del escudo, la placa de cinturón ibérica) nos indica que el enterramiento corresponde a un miembro de la elite ecuestre.

Finalmente la ausencia de huesos quemados y de cenizas así como del vaso de acompañamiento funerario nos induce a pensar que pudo ser un enterramiento para un guerrero muerto en combate u otra acción gloriosa y que se le ha construido una especie de tumba *ad honores* o un cenotafio.

(7) Quesada Sanz F., 2005, "El gobierno del caballo montado en la antigüedad clásica con especial referencia al caso de Iberia. Bocados, espuelas y la cuestión de la silla de montar, estribos y herraduras", *Gladius XXV*, Madrid, 124.

VALORACIÓN CULTURAL DE LA ESPUELA Y LOS ARREOS DEL CABALLO.

Aspectos morfológicos de las espuelas.

Dos ejemplares de espuela se han encontrado en la necrópolis: uno de bronce procedente de prospección que, además, es el más espectacular, y el de la tumba 11 que es de hierro.

Ambos son de tamaño pequeño por lo que debieron tener una función ritual fundamentalmente; sin embargo no se puede descartar su utilización a pesar de que el apéndice sea muy reducido pero es similar o idéntico a los de otras espuelas conocidas tanto de la península como continentales.

El más sencillo se encontró dentro de un contexto específico y típico de la necrópolis porque aparece con las dos placas ibéricas (grupo IV), puñal (modelo IV), algún resto de escudo, un bocado de caballo de los de tipo doma y un narigón de bronce del arreo del caballo. Dicha espuela es de hierro y conserva la espiga de forma semicircular, tipo corriente, con el apéndice y la aguja de pequeño tamaño. Estas características son comunes al modelo europeo.

Más interesante es la pieza de prospección porque, además de ser de bronce que no es muy habitual, conserva todo el sistema de enganche al calcaño y al empeine. Este sistema consiste en la disposición de unas piezas articuladas a través de unas charnelas de bisagra con pernos también de bronce. En el centro del sector articulado se dispone una anilla de donde arranca una pieza fija de bronce que enganchaba con la tira de cuero que servía para asegurar en el empeine. Toda la pieza es de una ejecución muy cuidada, incluso con algunos elementos decorativos a base de líneas. El apéndice es muy diminuto, de forma piramidal y forma parte de la pieza. Es decir no está ensamblado en la espiga. Además dicho apéndice va sobre un resalte longitudinal, como puede verse en el dibujo. Probablemente ha sido hecha a molde con retoques mecánicos finales los cuales se ven a simple vista.

De todas, que no son muchas, las piezas conocidas en la Península Ibérica ésta de prospección es sin duda el ejemplar más espectacular y sobre todo por el sistema de ensamblaje que no conserva ninguno de los demás ejemplares. Los modelos ibéricos los conocemos

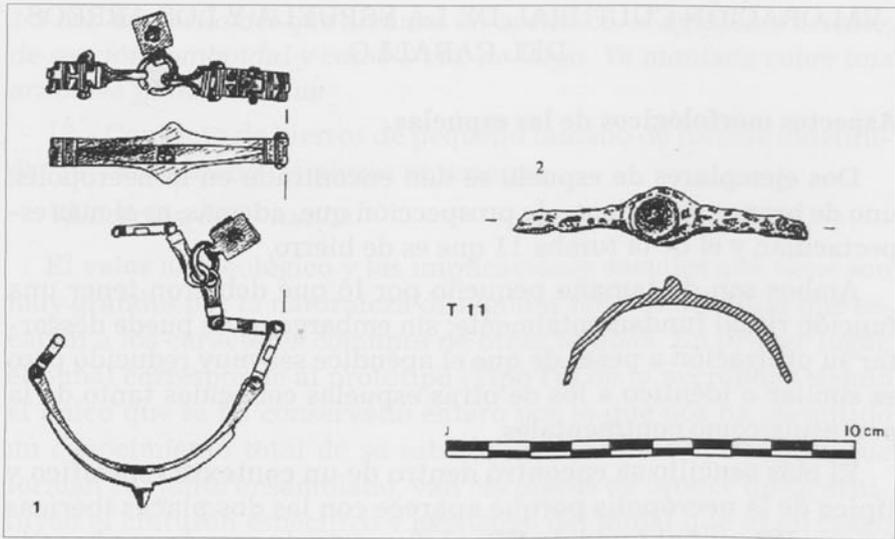


Fig. 2. Las dos espuelas: 1, la articulada, de prospección; y 2, la rígida de la tumba 11.

por el trabajo de Cuadrado (8) el cual distingue dos modelos, uno, su Tipo I, en el que encaja la muestra de la tumba 11 aunque no exactamente, y el Tipo II que es articulado por un ejemplar aparecido en la tumba 277 de la necrópolis de El Cigarralejo. Este segundo sí que encaja en nuestra pieza de prospección. El sistema de construcción del ensamblaje al calcañal y al empuje es el mismo pero construido a partir de piezas distintas. Del ámbito ibérico hay algún ejemplar más (9). Menos común es su presencia en las áreas de componente céltico porque se reducen a los escasos ejemplares de Numancia (de pequeño tamaño) y al de Kutzemendi (Olarizu, Álava) (10). De la provincia de Burgos conocemos otra pieza (11) procedente de unas excavaciones de urgencia que apareció en un ambiente doméstico junto a otros materiales de índole profesional. Está formada por una

(8) Cuadrado, 1.979, pp. 735-740.

(9) Álvarez-Osorio, 1.941. lam. CXLVII, 2250.

(10) En Aguilar de Anguita se encontraron herraduras de caballo que se fechan en los siglos IV y III.

(11) I. Ruiz Vélez, A. Rodríguez, B. Castillo, 2000, "Instrumental profesional en el poblado celtibérico de "El Castro", de Hontoria del Pinar (Burgos)", *BIFG* 221, Burgos, 365-399.

lámina de hierro plana y estrecha (tipo 3A de Quesada) con dos pequeños orificios en los extremos para la correa de sujeción al tobillo (variante A.2 del mismo autor). Dos ejemplares, de procedencia desconocida, están en la Colección Pérez Aguilar (12) En el continente europeo conocemos ejemplares ya desde antiguo (13) en contextos latenienses tanto en Bohemia como en Alemania del Norte. También aparecen en Moravia (14) en el poblado de Staré Hradisko.

La escasez de espuelas se puede deber a que, como se ve en la plástica peninsular fundamentalmente ibérica (exvotos de El Cigarralejo) (15), no eran habituales utilizando una de ellas y a que no empleaban el estribo. Por otro lado, tanto los romanos como los griegos (16), sólo utilizaban una espuela para azuzar al caballo; por lo tanto es de suponer que los pueblos célticos e ibéricos también. En este sentido encajaría la circunstancia de que haya aparecido únicamente una espuela en la tumba 11, aunque con este dato único poco puede decirse.

Recientemente F. Quesada (17) ha publicado un interesante estudio sobre el sistema de manejo del caballo en la antigüedad, particularmente en la Península Ibérica refiriéndose en concreto a bocados, espuelas, silla de montar, estribos y herraduras. Según dicho autor, las primeras espuelas en Europa y el Mediterráneo no se pueden llevar más allá del siglo V a.C., aunque en Grecia están ya documentadas a mediados de dicho siglo. Los distintos investigadores distinguen, tanto en el mundo celta como en el romano, tres grandes grupos por la manera de sujetar la espuela con las correas al tobillo: de ganchos, de ranuras o ventanas y de botones o tachones que ya son típicamente romanos.

Los hallazgos de espuelas prerromanas en España son escasos y la mayoría del ámbito ibérico. El iniciador del estudio, a finales de los 70, fue E. Cuadrado porque en El Cigarralero (Murcia) aparecieron

(12) A. Álvarez, J.L. Cebolla, A. Blanco, 1990, "Elementos metálicos de tipo celtibérico: la Colección Pérez Aguilar", *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los Celtiberos*, Institución Fernando el católico, Zaragoza, 194, fig. 23.

(13) Dechelette, 1.927b, pp. 708-710.

(14) VV.AA., 1.991, p. 546.

(15) Cuadrado, 1.949.

(16) Saulnier, 1.980.

(17) F. Quesada, 2005, "El gobierno del caballo montado en la Antigüedad Clásica con especial referencia al caso de Iberia. Bocados, espuelas y la cuestión de la silla de montar, estribos y herraduras", *Gladius XXV*, Madrid, 97-150.

por primera vez (18) centradas en el siglo IV a.C. Bastante más tarde, a comienzos de los noventa, Pérez Mínguez (19) propone una clasificación parecida a la de Cuadrado. A finales de esa década aparece otro importante trabajo de García Cano (20). Finalmente los interesantes trabajos de Quesada (21), citados anteriormente.

Este autor señala que la mayoría de las espuelas ibéricas corresponden a la segunda variante, de ranuras o ventanillas para las correas. Él distingue seis grupos que a su vez integran diversos tipos. Precisamente en el *Grupo 1* están las espuelas articuladas, correspondientes al Grupo II de Cuadrado y III de Pérez Mínguez, que corresponden los modelos más complicados por ser muchas piezas las que intervienen en su configuración. En este sentido citamos la articulada nuestra pero que no pertenece a este grupo porque lo que es articulado es el sistema de cierre de los dos extremos del arco propiamente dicho.

La espuela de la tumba 11 es de hierro y está incompleta faltando el sistema de enganche a las correas. Por otro lado el acicate forma una sola pieza con el cuerpo lo cual es un elemento de cronología avanzada. Podría integrarse en el *Grupo 4* de Quesada.

El *Grupo 6* de este investigador corresponde a los modelos más tardíos, utilizados tanto por los celtas como por los romanos, dentro de unas cronologías de los siglos II y I a.C. Qué duda cabe que hay una fuerte similitud entre las conocidas de este grupo y la pieza de bronce de prospección de Villanueva de Teba. Coincide en todas las características tanto en el tamaño, en la forma de fabricación y en las características de los distintos elementos integrantes; pero hay uno de ellos nuevo y es el sistema articulado de conexión entre ambos extremos del arco que se cierran sin sistema de apertura, el cual no conserva ninguna de ese modelo. Del centro arranca otra pieza

(18) E. Cuadrado, 1979, "Espuelas ibéricas", *XV Congreso Arqueológico Nacional, Lugo, 1977, Zaragoza*, 735-740.

(19) R. Pérez Mínguez, 1992, "Acicates ibéricos del Museo de Prehistoria de Valencia", *Homenaje a Enrique Pla Ballester. SIP Trabajos Varios*, 89, Valencia, 215-220.

(20) J.M. García Cano, 1997, *Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia). I Las excavaciones y estudio analítico de los materiales*, Murcia.

(21) F. Quesada, 2001-2002, "En torno a las espuelas articuladas ibéricas, artesano y las relaciones entre las regiones murciana y granadina", *Studia E. Cuadrado, An. Murcia*, 16-17, 239-246; idem, 2002-2003, "Mirando al mundo desde lo alto: espuelas y otros elementos asociados al caballo en el poblado de La Serreta de Alcoi", *Recerques del Museu d'Alcoi 11-12*, 85-100.

en la cual se engancharía una correa. Este añadido impone unos matices que nos permiten indicar que esta espuela no encaja en el sistema tradicional de anclaje de una espuela, tanto celta como romana, en el calzado del jinete pues en ningún modelo se recoge este aditamento. Habría que pensar en una pieza que ha sido reelaborada para la función funeraria integrada como elemento de prestigio en el ajuar del difunto. Hemos de tener en cuenta que el puñal más espectacular de todos los de la necrópolis aparece en esta tumba; que en ella aparece un bocado con desveno, de los del tipo de doma; y que es la única tumba que ha dado un narigón, escaso de por sí en los arreos de caballo de la Península.

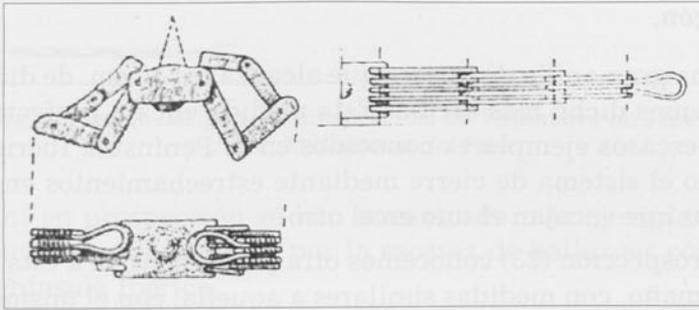


Fig. 3. Espuela articulada de El Cigarralero, según Cuadrado.
Grupo 1 de Quesada

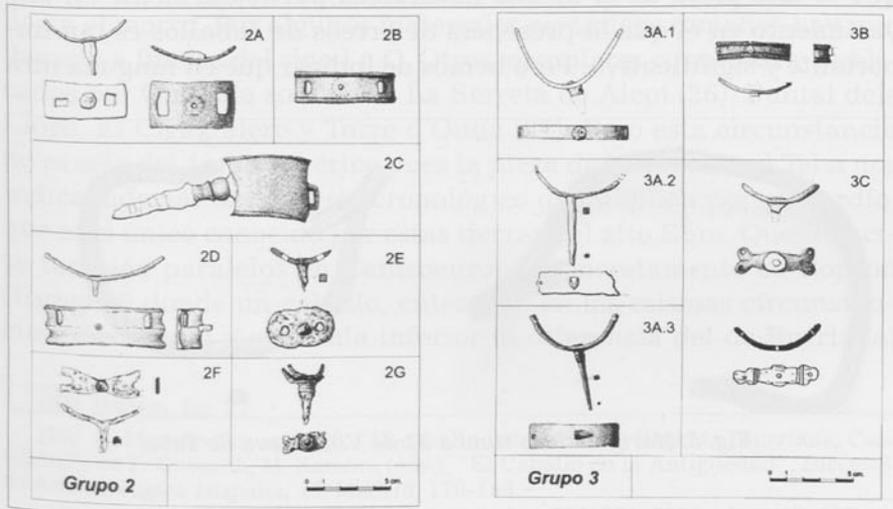


Fig. 4. Grupos 2 y 3 de espuelas, según Quesada, 2005

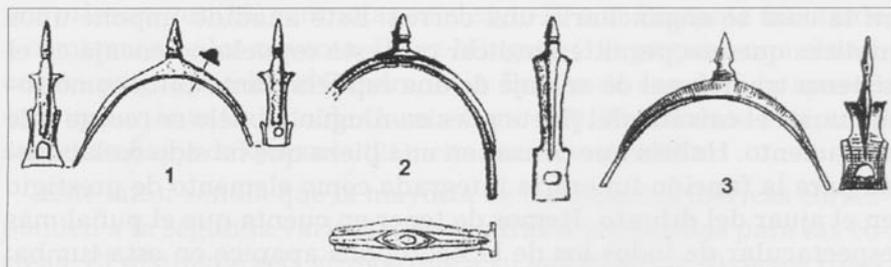


Fig. 5. Espuelas romanas republicanas del Grupo 6 de Quesada: Numancia (1), Caminreal, Teruel (2) y Kobarid, Eslovenia (3). Según Quesada

El narigón.

Es una gran anilla de bronce que alcanza los 10 cm. de diámetro, como hemos dicho más arriba. Esta medida encaja perfectamente con los escasos ejemplares conocidos en la Península Ibérica (22), así como el sistema de cierre mediante estrechamientos en ambos extremos que encajan el uno en el otro.

De prospección (23) conocemos otra pieza idéntica a ésta en forma y tamaño, con medidas similares a aquella, con el mismo sistema de cierre como se puede observar en la figura 7 a través de un biselado en el corte y de dos pernos de bronce, por lo que deducimos que es una pieza de la misma naturaleza particularmente en un yacimiento en el que la presencia de arreos de caballos es tan importante y significativa. Pero hemos de indicar que en ninguna otra

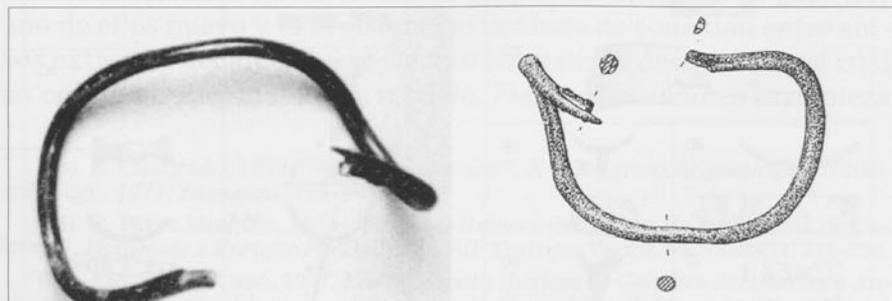


Fig. 6. Narigón de la tumba 11 de Villanueva de Teba

(22) Quesada, 2005, 123-125.

(23) Ruiz Vélez, 2002, 174, fig. 48.

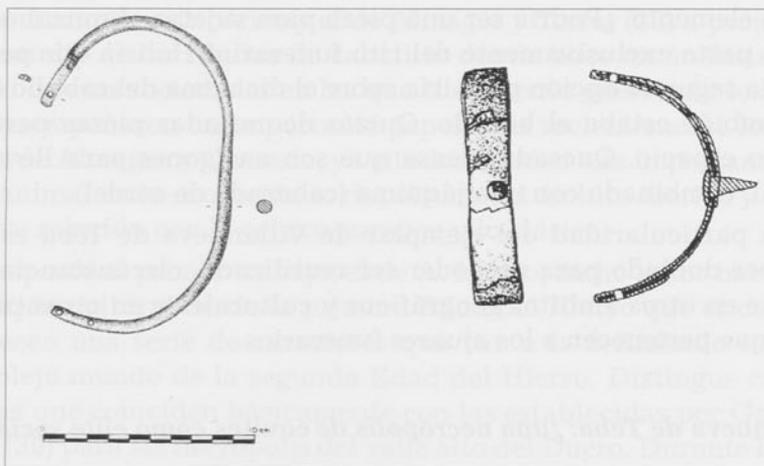


Fig. 7. Posible narigón, de prospección, de Villanueva de Teba y espuela de Hontoria del Pinar

tumba ni en prospección se han encontrado más ejemplares, circunstancia no sorprendente por la escasez de hallazgos conocidos en la Península Ibérica.

Quesada cita el enterramiento intencionado de un caballo en Burriana (Castellón) que responde a un ritual de sacrificio (24). Según su excavador, Mesado Oliver (25), apareció de costado con una anilla en el morro. Por algunos materiales cerámicos romanos hay que llevarlo a finales del siglo I a.C. Otros ejemplares conocidos y publicados por Quesada son los de La Serreta de Alcoi (26), Puntal dels Llops, El Cigarralero y Torre d'Onda (27). Pero esta circunstancia no es sólo del ámbito ibérico pues la pieza de Villanueva de Teba nos indica, además del criterio cronológico que implica por ser tardío, que es el único conocido por estas tierras del alto Ebro. Quesada cita también paralelos en Centroeuropa, concretamente en Sopron (Hungria) donde un caballo, enterrado en las mismas circunstancias, lleva en la mandíbula inferior (a diferencia del de Burriana)

(24) *Ibidem*, fig. 27.

(25) N. Mesado Oliver, 2003, "El caballo ibérico de La Regenta (Burriana, Castellón)", en F. Quesada, M. Zamora (eds.), "El Caballo en la Antigüedad", *Biblioteca Archaeologica Hispana*, 19, Madrid, 179-186.

(26) Quesada, 2002-2003, 96-97.

(27) *Ibidem*, 97.

dicho elemento. ¿Podría ser una pieza para sujetar el ronzal o formaba parte exclusivamente del rito funerario? Habría que pensar en esta segunda opción pues iría sobre el diastema del caballo donde también estaba el bocado. Quizás demasiadas piezas para un mismo espacio. Quesada piensa que son narigones para llevar el ronzal, combinado con una jáquima (cabezada de cordel).

La particularidad del ejemplar de Villanueva de Teba es que aparece doblado para no poder ser reutilizado, circunstancia frecuente en otros ámbitos geográficos y culturales y en otras piezas pero que pertenecen a los ajuares funerarios.

Villanueva de Teba: ¿una necrópolis de equites como elite social?

En trabajos anteriores hemos indicado que esta necrópolis presenta, entre muchos otros, dos rasgos significativos. Uno es que de 35 tumbas, 21 presentan un puñal que representa el 60% del total. Otro, que 14 de ellas disponen de arreos de caballo lo cual representa un 40% de ese total, dato inaudito comparado con cualquier otra necrópolis ibérica o del ámbito céltico. Además, los bocados y las muserolas son de gran belleza y ejecución pues los segundos están ricamente decorados con láminas de bronce decoradas e incrustadas aunque se conocen algunas piezas similares, en Carratiermes para los bocados y en Numancia para las muserolas, además de aquellos de la Colección Pérez Aguilar cuya procedencia tiene que ser Villanueva de Teba con toda probabilidad. De los bocados destacamos aquellos en los que el cañón presenta una disposición especial y es porque corresponden a bocados de doma, bocados con desveno, lo cual implica ya una especialización que nos pone de manifiesto la importancia no sólo del uso de este animal sino también de su preparación para una función específica que pudo ser la guerra o ser un elemento de distinción de una elite aristocrática y guerrera. Este dato nos lleva inexcusablemente a fechas del siglo III a.C. cuando los cambios sociales han impuesto una generalización del caballo como animal de significado social. Es un tema bien conocido a través de las necrópolis del ámbito celtibérico, mejor estudiadas, y cada vez más se destaca este aspecto en estas sociedades del Segundo Hierro. En este sentido señalamos el importante trabajo de Lorrio (28)

(28) A. Lorrio, 1.997, *Los Celtíberos*, Murcia, 311-329.

sobre el mundo celtibérico y el de Almagro y Torres (29) a propósito del estudio de las fíbulas de caballito donde hace un análisis profundo de esas sociedades en las que el elemento guerrero y los jinetes desempeñaron un importante papel. Más recientemente los trabajos de Almagro y Quesada, ya citados, aluden a la importancia de este animal en la evolución sociopolítica del ámbito ibérico y céltico y su relación con lo céltico europeo y lo clásico.

Respecto al primer trabajo, el de A. Lorrio, dicho autor hace una seriación cultural desde la primera Edad del Hierro que es cuando aparecen una serie de caracteres que van a ir definiendo todo el complejo mundo de la segunda Edad del Hierro. Distingue cuatro etapas que coinciden básicamente con las establecidas por García-Soto (30) para las necrópolis del valle alto del Duero. Durante los siglos VII y VI sucede lo que Lorrio (31) llama la *etapa de gestación de la sociedad celtibérica* y coincide con la Fase I de las necrópolis del alto Duero de García-Soto (32). Durante esos años se producen unos cambios en el tipo de asentamientos humanos, en el rito funerario y en la tecnología que indican el fuerte componente guerrero de esas sociedades. Los enterramientos son en túmulos. Estos cambios son propios de una evolución interna llevada a cabo en las mismas sociedades, como señala Almagro (33). Coincide con la aparición de una organización social basada en el tipo gentilicio de carácter familiar aristocrático como refleja la onomástica (34). Estas elites guerreras arrancan desde las importantes manifestaciones de la armentística del Bronce Final con los depósitos de objetos típicos de los momentos finales de Cogotas I. Esta fase inicial estaría representada por las necrópolis de Sigüenza (35), en su fase I, y de Carratiermes (36) y la tumba 70 de Ucero con una olla globular del tipo 5 de Romero y una fíbula de doble resorte. El uso del caballo queda reducido a un uso social de una minoría selectiva, la aristocrática que

(29) Almagro, Torres, 1.999, pp. 83-108.

(30) García-Soto, 1990, 30-34.

(31) Lorrio, 1997, 312-313.

(32) García-Soto, 1990, 30.

(33) Almagro, 1993, 146 ss.; idem, 2005, "Ideología ecuestre en la Hispania prerromana", *Gladius*, XXV, Madrid, 151-186.

(34) Almagro, 1995, nota 3.

(35) Cerdeño, Pérez de Ynestrosa, 1993.

(36) Argente et alli, 1992.

detenta el poder y el control de los recursos. Parece que en esta fase no se ha incorporado todavía la espada a los ajuares funerarios (37). Un artesanado estaría perfectamente definido dando salida a las demandas de esa elite aristocrática guerrera que concentran la riqueza mediante el aprovechamiento de una economía ganadera y otros recursos como la sal y la minería. Esta fase corresponde, en las tierras burgalesas, al ambiente que define la necrópolis y el castro de la Polera (38) en Ubierna donde se han excavado poco más de una centena de túmulos en los que el ajuar era muy discreto pero la existencia de algún umbo y algún cuchillo formarían parte de la panoplia guerrera. Una fíbula de doble resorte con un rico puente decorado nos señala su pertenencia a una persona socialmente distinguida, a un objeto de lujo, a una pieza de prestigio. Por otra parte, en la parte más alta del cerro en el que se ubica la necrópolis hay algunos túmulos de mayores dimensiones utilizados, bien como ustrina (alguno de ellos pero imposible arqueológicamente) o como asentamiento de una tumba de estas personas distinguidas. Paralela a la necrópolis de La Polera es la de Monasterio de Rodilla, también con enterramientos en túmulo y de la misma época y contexto. La segunda fase de Lorrio ocupa los siglos V y IV (39) y coincide con la fase II de García-Soto (40). Es la época de la aristocracia guerrera con ricos ajuares militares metálicos a los que ya se ha incorporado la espada, con cascos, discos-coraza, a veces ricamente decorados. Son armas de parada con objetos muy ricos como las fíbulas-placa. Es una sociedad fuertemente jerarquizada dominada por una elite guerrera con caballos como lo demuestra la aparición de sus arreos en las tumbas. Las necrópolis de Aguilar de Anguita y Alpanseque serían las más importantes pero esas ricas armas aparecen en un número muy reducido de tumbas. La fuente de esta riqueza estaría en las mismas causas que en la etapa anterior. Tanto Lorrio (41) como Quesada (42) defiende que en estas fechas los combates no eran multitudinarios sino en escaramuzas o pequeñas razzias ya que la posesión de armas en las tumbas

(37) Lorrio, 1997, 313.

(38) Rui Vélez, 2001, 13-48 y 118-120.

(39) Lorrio, 1997, 314.

(40) García-Soto, 1990, 31.

(41) Lorrio, 1997, 314.

(42) Quesada, 1997, 652-653.

quedaban reducidas a un número muy pequeño de personas. Cronológicamente estaríamos en los comienzos de la segunda Edad del Hierro en los que se desarrolla la cerámica a peine con espadas de antenas atrofiadas. La tercera fase corresponde a los momentos finales del siglo IV y la mayor parte del III coincidiendo con la sociedad específicamente arévaca y guerrera (43). Para García-Soto (44) son los momentos de transición del mundo protoarévaco al celtibérico, es decir, lo mismo. Lo más característico es la gran proporción de tumbas con ajuar guerrero como se ve en necrópolis como La Mercadera, Ucero, La Revilla, Osma, La Requijada, Carratiermes, Atienza, etc. con espadas entre las que aparecen las de La Téne y los puñales. Una serie de cambios podrían estar indicándonos que se va hacia una sociedad de tipo urbano en el que las diferencias de status no están reflejadas en las tumbas, como señala Ruiz Gálvez (45). Esta circunstancia es lo que puede explicar la desaparición de las armas en los ajuares funerarios, pero este tema es más complejo (46). La desaparición de armas en los ajuares no es una constante sino que conviene explicarlas por áreas geográfica distintas. No es el caso de la zona del alto valle del Ebro ni de la Meseta castellana en sus tierras altas. En algunas necrópolis de esta fase se han hecho importantes estudios de demografía como es el caso de La Yunta (47). Esta etapa y la anterior estarían representadas en estas tierras de La Bureba y norte de Burgos por la necrópolis de Miraveche en la que se mantienen elementos de la etapa anterior en la que puede estar el origen de las espadas de gavilanes curvos de esta necrópolis. La tercera etapa de Lorrio (48), que coincide con la fase IV de García-Soto (49), corresponde a la etapa propiamente celtibérica con el desarrollo de una sociedad de tipo urbano desde finales del siglo III, con una jerarquización del territorio en ciudades (*oppida*) y aldeas (*castella* o *vici*). La estructura social se basa en el parentesco, la familia con la existencia de algunos rasgos específicos en determinadas zonas, como las organizaciones

(43) Lorrio, 1997, 215-318.

(44) García-Soto, 1990, 33.

(45) Ruiz Gálvez, 1990, 345.

(46) Quesada, 1997, 65.

(47) García Huerta, Antona, 1992, 157 ss.

(48) Lorrio, 1997, 318-327.

(49) García-Soto, 1990 33-34.

suprafamiliares llamadas cognationes o genitivos de plural. Son sociedades complejas cuyo desarrollo máximo coincide con la llegada de los romanos. Cronológicamente esta etapa coincide con el mundo de Villanueva de Teba pero hemos visto que presenta unas grandes diferencias respecto a lo celtibérico y esto es el producto de la evolución interna de algunas zonas a las que llegó tarde el fenómeno celtibérico como es nuestro caso. Ya sabemos que la Celtiberia llegó hasta los montes que sirven de límite entra la Meseta y La Rioja. La Bureba era, entonces, una zona marginal pero los influjos celtibéricos llegaron más allá. La Bureba aparece fuertemente celtiberizada pero eso no quiere decir que se asimilasen todos sus elementos como así lo demuestra Villanueva de Teba. Conocemos bien su estructura en el mundo celtibérico, a través del trabajo citado de Lorrio (50) y de los cántabros por el trabajo de Peralta (51). Es precisamente a partir del siglo III a.C. cuando se ha producido ese cambio de una sociedad aristocrática a una controlada por los caballeros donde la riqueza presenta un mayor espectro social siendo el caballo el animal indicador de status pero además significa un cambio en la táctica militar pues implica la aparición de la caballería como arma de guerra y de enfrentamientos entre ellos mismos. Esta etapa implica un mayor desarrollo del artesanado, destacando la cerámica con la incorporación del torno en estas tierras, el desarrollo de la orfebrería como indicador también de estatus; es decir, y como señalábamos antes, una sociedad urbana.

Para el estudio de la importancia del elemento ecuestre en estas sociedades guerreras es imprescindible el reciente trabajo de Almagro y Torres (52) a raíz del estudio de las fíbulas de caballito y el más reciente de Almagro (53). Las sociedades guerreras y ecuestres son un fenómeno mediterráneo y europeo (54). En la Península Ibérica, la presencia del caballo en la iconografía es antigua del siglo VII o inicios del VI, el Periodo Orientalizante, asociado al carro y como expresión del status social (55). Pero el caballo, como montura,

(50) Lorrio, 1997.

(51) Peralta, 2000.

(52) Almagro, Torres, 1999.

(53) Almagro, 2005, 151-186.

(54) Almagro, Torres, 1999, 78-85.

(55) Quesada, 1.995.

también aparece con los Campos de Urnas del noreste desde el sur de Francia. En el sur la iconografía del caballo va en aumento con ejemplos importantes como el anillo de La Aliseda, el carro de Mérida, el carrito de Almorchón, el caballo de Cancho Roano. Esta presencia del caballo se explica por la aparición de esas elites aristocráticas guerreras y es indicador de status, además del carácter heroico mítico. Más tarde será la aparición de jinetes como las esculturas de Los Villares (Albacete), del Palacio de Torres Cabrerías (Córdoba), de Osuna, los relieves de Almodóvar, etc. Muchas representaciones están vinculadas a los mitos y cultos heroicos como los que reproducen el esquema del *despótes hippôn* (56). En el mundo ibérico, además, aunque raros, la presencia de arreos de caballo en las tumbas nos indica el valor cotidiano de este animal, incluso de espuelas (57) que son tan poco frecuentes en la Meseta quitando los ejemplares de Numancia y los dos de la necrópolis de Villanueva de Teba que son los únicos de estas zonas. El ámbito céltico de España también presenta en fechas antiguas la presencia del caballo siendo difícil saber si llega a la Meseta desde el mundo mediterráneo o desde el centro europeo. Schüle (58) pensó que podía ser desde el mundo de los Campos de Urnas del Noreste hispánico. En el ámbito celta se carece de una escultura como en el mundo ibérico, sin embargo aparece con más abundancia en los ajuares funerarios que ya están presentes desde el siglo VI como hemos visto más arriba. Hoy por hoy, la necrópolis de Villanueva de Teba es la que presenta mayor tanto por ciento en la existencia de arreos de caballos en las tumbas pues alcanza el 40% frente al 13% de La Mercadera (59) que es donde más se encuentran. En Carratiermes (60) se documentan desde la fase I de la necrópolis que se fecha en el siglo VI. Por otro lado se conocen también algunas muestras de herraduras (61) y unos pocos ejemplos de espuelas (62). En Las Cogotas (63) también están bien representados pero los bocados son muy escasos pues se reducen a

(56) Almagro, Torres, 1999, 88-89.

(57) Cuadrado, 1979.

(58) Schüle, 1969, 122 ss., lams. 180-181, 186-188.

(59) Lorrio, 1990, 45.

(60) Argente, Díaz, Bescós, 1989, 235.

(61) Cerralbo, 1916, 97; Schüle, 1969, 130 ss.; Lorrio, 1995, 350 ss.

(62) Stary, 1993, 159, mapa 48, apéndice 4B-56.

(63) Kart, 1987, 90 ss.

cuatro ejemplares (64) frente a los quince de Villanueva de Teba. En Miraveche (65) también es abundante, acompañado de los *signa equitum* que no están presentes en Villanueva de Teba. Las dos necrópolis son importantes por el mayor número registrado de bocados de caballo. En Las Ruedas (66) tampoco son abundantes. Los *equites* fueron muy importantes en estos momentos de la protohistoria como ha señalado Curchin (67) y pudieron tener un papel similar, según Almagro y Torres (68), al que tuvieron en Grecia y Roma que hicieron caer las monarquías sagradas de tipo orientalizable a las que sustituyeron en la dirección social. Quizás en esta fase el proceso fue similar al sustituir a la aristocracia guerrera de la etapa anterior. En este sentido son más importantes las fuentes escritas con interesantes referencias a la caballería celtibérica en las guerras entre Roma y Cartago y luego entre los propios romanos. Hay abundantes testimonios de personajes (69) que tienen relaciones clientelares con este grupo ecuestre o se habla de la presencia de gran cantidad de caballos. Es el caso de Moericus a finales del siglo III, de Allucius, príncipe celtibérico que tiene 1.400 jinetes que presentó a Escipión en el año 209, el régulo ilergeta Indíbil que tenía también muchos jinetes, los quadraginta equites que Graco incorpora a su ejército, etc. Estas elites ecuestres son atraídas por Roma en su política contra Cartago y contra los propios indígenas (70); por eso quizás son los primeros en obtener la ciudadanía romana como se certifica en la *Turma Saluitiana* (89 a.C.). A partir del siglo II estas elites ecuestres desempeñan mayor papel en las guerras de Roma aumentando en las guerras civiles del siglo I a.C. (71).

Hemos visto cómo desde finales del siglo V los *oppida* se desarrollan porque ha habido una expansión económica y social expresada en los ajuares funerarios. Las propias guerras entre Roma y Cartago con la presencia de mercenarios iberos y celtíberos en sus ejércitos

(64) Quesada, 1989, 24.

(65) Schüle, 1969, lam. 136 18 y 145 14.

(66) Sanz Mínguez, 1995, 995 ss.; idem, 1997, 454-456.

(67) Curchin, 1996, 32.

(68) Almagro, Torres, 1999, 87.

(69) Ibidem, 92.

(70) Ibidem, 92.

(71) Ibidem, 92-93.

contribuyeron al desarrollo de estas elites ecuestres y a la llegada de elementos culturales del helenismo hasta la Meseta. Esto desarrolló el fenómeno de los *oppida* que ya se documentan desde el siglo III a.C. y que suponen una organización del territorio en grandes núcleos de población y otros de segundo orden. Ya señalamos cómo en La Bureba estos grandes núcleos presentan una disposición periférica situados a alturas medias en el norte y oeste y en las culminaciones en la zona sur y este. Situación periférica que está orientada al aprovechamiento de los recursos naturales de la comarca apareciendo dentro los núcleos de menor importancia. Pero esto es un proceso posterior a esas fechas cuando núcleos anteriores son ampliados para esa finalidad. Es el caso de Soto de Bureba correspondiendo a sus fases III y II (72). En la zona ibérica estos poblados desarrollan una gran arquitectura monumental como Contrebia Belaisca (73). En el ámbito celtibérico es menos expresivo pero habría que citar dentro de este contexto el pequeño templo dedicado a un *equus* heroizado del siglo I a.C., el de Miróbriga o el de Tiermes (74). Sin embargo, en Soto de Bureba (75) encontramos una estructura urbana organizada en manzanas de casas, una plaza circular con un edificio más sobresaliente, quizás de una persona distinguida de este carácter, y un empedrado a base de guijarros. Implica una fase urbana desarrollada. La pena es que no han aparecido restos de escritura y monedas pero en contrapartida con otras zonas tanto del ámbito ibérico como del celtibérico, en Villanueva de Teba no parece darse esa circunstancia de que el desarrollo urbano va paralelo a la reducción del armamento en el ajuar funerario. De cualquier manera este proceso no es tan claro como se observa en las necrópolis de Numancia, Osma, Quintanas de Gormaz o Ucero. Incluso más alejadas como la de Botija en Extremadura donde aparecen puñales biglobulares fechados en los siglos II y I a.C. (76).

Estos caballeros son los que han encargado la elaboración de una rica joyería de la que tenemos importantes muestras en esta

(72) Parzinger, Sanz, 2000, 93-102.

(73) Beltrán, 1982.

(74) Ver notas y bibliografía en Almagro, Torres, 1999, 103.

(75) Pazinger, Sanz, Ruiz Vélez, 1993, fig. 4; Parzinger, Sanz, 2000, lams. 5, 6, 7 y 8.

(76) Hernández, Galán, 1996.

comarca como son los collares o torques de plata (77) de Monasterio de Rodilla y las arracadas de oro (78), de Cerezo de Río Tirón que son unos de esos *oppida* de La Bureba. Quizás la orfebrería sea el sustituto de las armas en el indicador de status, de objeto de prestigio, como piensan Almagro y Torres (79). Esto supone una nueva estructura social con un artesanado del que destaca el dedicado a la orfebrería que son los autores de todas esas ocultaciones de época sertoriana tanto de monedas o joyas o de ambas cosas de los que hay varias muestras en la provincia de Burgos. A este contexto podría corresponder la toreútica bronceista de Villanueva de Teba cuyos temas decorativos están inspirados en la orfebrería. Este aspecto lo veremos más adelante.

Por otro lado, en Miraveche aparecen tres objetos relacionados con esa elite ecuestre y que Almagro y Torres identifican como *signa equitum* (80). Siempre se había interpretado como conteras de la vaina de la espada típica de Miraveche, de gavilanes curvos, Tipo VIII de Quesada, o con estandartes. Son unas piezas de estructura semicircular calada decorada con temas de círculos concéntricos y con unos remates de forma troncocónica y aves muy someramente esbozadas. Todos estos elementos son recurrentes en la decoración de muchos tipos de piezas de esta época como las fíbulas con las que parecen estar más relacionados. Esta coincidencia puede responder a los gustos y necesidades de esas elites guerreras.

(77) Castillo, 1996, 227-238.

(78) Castillo, 1986, 247-256.

(79) Almagro, Torres, 1999, 105.

(80) *Ibidem*, 97, fig. 32.